

La familia y la educación para la paz

Luis Portero Sánchez

En este trabajo pretendo reflexionar brevemente sobre «el papel de la familia en la educación para una cultura de la paz». Tema que estimo de gran interés, aunque no haya despertado entre los estudiosos la atención que sin duda merece.

Asistimos en nuestro tiempo a unos vertiginosos cambios que de una forma o de otra experimentamos incluso personalmente en nuestra vida cotidiana, y vemos en los medios de comunicación. Y entre tales cambios podemos encuadrar los que se han producido respecto a la familia, su estructura, funciones a cumplir, política que los gobiernos e instituciones ponen en marcha para la misma, etc.

Familia en un mundo de violencia

Asistimos, por otro lado, al desaforado avance de las ciencias y técnicas en detrimento de las humanidades en su sentido primigenio de cultura del y para el ser humano. Tenemos igualmente otras ventajas: aumenta la cantidad y calidad de vida, aunque parece que seguimos mirando el mundo bajo un punto de vista casi exclusivamente productivo, y eso precisamente es contrario a la cultura en el pleno sentido de la palabra. Las nuevas tecnologías nos invaden. ¿Prepararnos para convivir con ellas, asimilándolas para un uso eficaz que no suponga inversión de los verdaderos valores?

El desarrollo de la dimensión puramente científica y tecnológica parece haber creado un mundo artificial, contrapuesto al mundo natural; y tal divorcio ha provocado consecuencias múltiples: pérdida de valores, del propio sentido de la vida, del respeto a la naturaleza, existencia de nuevas enfermedades, y un modo de comportamiento en ocasiones violento e inhumano que a todos nos asusta.

Simplemente una mirada a nuestro entorno y a los medios de comunicación y podemos comprobar la evidencia de cuanto señalamos. Nos encontramos rodeados de mucha violencia y poca paz, violencia que en ocasiones desata la propia naturaleza, y más frecuentemente la especie humana.

Ya en su momento Hobbes se enfrentó a quienes como H. Grocio o Francisco de Vitoria preconizaban la idea de un ser humano bondadoso; y más modernamente Konrad Lorenz o Karl Mackal han estudiado las consecuencias del instinto agresor en la sociedad, que se traduce en la práctica en forma de enfrentamientos, guerras y otros actos violentos.

Vivimos, pues, en un mundo donde la violencia sigue, desgraciadamente, impregnando en mayor o menor medida nuestro existir. Violencia que incluso no siempre tiene que ser física o de índole armada, sino que también puede producirse y de hecho se produce con actuaciones de tipo económico o psicológico.

Por eso no resulta fácil definir qué ha de entenderse por «paz», y la filosofía jurídica puede hablar de una «paz positiva» y una «paz negativa»¹.

La historia humana, en efecto, nos muestra un panorama de hechos violentos, ya desde antiguo, que continúan en nuestros días. Desde las persecuciones de cristianos en Roma, hasta las invasiones bárbaras o la lucha contra el Islam en la Edad Media, las persecuciones por razones ideológicas, religiosas o étnicas han sido, de alguna forma, una constante hasta hoy. Por eso la situación en que vivimos presenta aún un horizonte bastante preocupante.

En la comunicación que el gran rabino René Samuel Sirat, presidente del Consejo Permanente de la Conferencia de Rabinos Europeos, pronunció en la Conferencia Internacional Judeo-Cristiana, en marzo de 1994, señala acertadamente este panorama: «Hoy la heterofobia se desarrolla grandemente, los nacionalismos y racismos amenazan a Europa... nuevamente se ven crujir las ideologías, la angustia atenaza a los jóvenes, golpea también a los parados, llega a los trabajadores y a las personas de edad». Incluso, refiriéndose al denominado progreso científico, se pregunta si no estará provocando la ruina y la desolación².

Ante tal cúmulo de cosas no han faltado ideas de cómo enfrentarse a dicha situación. Y, sobre todo, frente a los modos clásicos de

¹ Vid., entre otros, a N. Bobbio (1982), *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Barcelona.

² Al fin y al cabo prosigue la historia de tantas guerras como se han dado en Europa durante los últimos tres siglos, y que J. Comblin (1966), *Teología della pace*, Roma, vol. II, p. 11, concreta en un número de 286. Y si salimos de nuestro continente, podemos recordar, sin retraernos muchos años, los conflictos de las Malvinas, Corea, Argelia, Nigeria, Biafra, Congo, Laos, Camboya, Irak, Irán, etc.

solución, que han demostrado poca eficacia, se trata de encontrar nuevos caminos, dentro de los que la familia se presenta como eficaz instrumento para educar y preservar la paz.

Así, pues, entre la consideración de las grandes antinomias, como «el bien y el mal», «la justicia y la injusticia», el tema de la lucha por la paz tiene cabida y la educación para la misma pasa a un primer plano.

¿Es que es posible conseguir la paz kantiana, perpetua y feliz? Los individuos en cuanto tales y las familias como grupos primarios debemos ser conscientes que en este terreno conviene huir de dos extremos perniciosos: el negativismo, que considera poco menos que imposible superar la violencia que forma parte de la naturaleza humana, y el idealismo frustrante, que ve fácil conseguir la utopía de la paz. Sencillamente, quedémonos con la frase del romano Silio Itálico, cuando decía que la «pax optima rerum», o en el dicho más moderno, recogido en la GS, que habla de la «pax opus iustitiae», e intentemos trabajar para ella.

Las preguntas que nos haríamos serían, pues, éstas: ¿Cuándo podremos alcanzar una paz que no sea simplemente un interregno entre conflictos? ¿De qué medios podemos valernos para intentarlo? ¿Es la familia un instrumento idóneo a tal fin?

Constatemos que la reacción que la humanidad muestra ante tantos y tan repentinos cambios es frecuentemente de desorientación y miedo. Pero no pensemos negativamente, ya que, en términos de Ortega, una crisis de civilización lleva también en sí el germen de nuevos ideales y caminos a recorrer para bien de la humanidad.

Y precisamente dentro de ese maremagnum, en el que creemos sentirnos engullidos, la acción social y cultural precisas para solventar y sobrepasar cualquier crisis ha de tomar en cuenta la necesaria actuación que sobre el tejido social debe proyectar cualquier grupo primario, y desde luego la familia: reconstruir el sentido de la amistad, la tolerancia, el respeto y diálogo entre todos, y buscar que el individuo deje de ser simple número o ser anónimo en medio de la masa, para conseguir una madurez e individualidad propicias para su bien vivir, son objetivos que debemos tener³.

También la Iglesia, ante el panorama de violencia y luchas, se ha visto obligada siempre, y más aún hoy, a plantearse el tema de la paz. No puede por menos de elevar su voz siempre que lo exija la defensa de la moral, la libertad de los seres humanos, o la propia naturaleza, o la justicia. Y por eso a partir de Gregorio XVI, pero

3 Vid. en esa dirección los discursos de Juan Pablo II: «La mujer educadora para la paz», en diciembre de 1994 (*Ecclesia* de 24 de diciembre de 1994, pp. 22-23) y «Demos a nuestros hijos un porvenir de paz», en diciembre de 1995 (*La Doc. Cath.* de 7 de enero de 1996, pp. 1-4).

sobre todo de León XIII, y más aún desde el Concilio Vaticano II, sigue una línea de clara defensa de los Derechos Humanos, dentro de los que actualmente se comprende la paz, y cuando ante nosotros aparecen las violencias con tintes de universalidad y causa de enormes sufrimientos ⁴.

Por eso la teología no ha dejado de hacer un espacio a este profundo y trascendental tema de la paz ⁵.

Y siguiendo esa línea renovadora, la propia Santa Sede ha ido dando nuevos pasos ⁶. Ya no basta con predicar la paz y esperar que los cristianos la deseen, sino que se exige a los mismos prestar su cooperación activa para tratar de conseguir las condiciones necesarias que la hagan posible; la Iglesia, que fundamenta su doctrina en el amor, propone y, en cierto modo, exige a sus fieles, entre los que se encuentran los padres de familia, un compromiso cierto en esa dirección. Y en tal sentido considera que debe centrar su preocupación en dos grandes temas: la relación entre paz y justicia y la relación entre paz y derechos humanos ⁷.

Mantiene igualmente la tesis de que la familia, tal y como se ha indicado muchas veces, es la célula básica de la sociedad, intentando traducir el pensamiento ciceroniano del «*principium urbis et quasi seminarium reipublicae*». Tal afirmación, siendo cierta, no deja de presentar una visión biologicista pero que encierra igualmente la aseveración del indudable papel que la unidad familiar juega en la sociedad y en la vida cotidiana.

Y al hablar de «familia» quiero hacer hincapié en su acepción amplia. No es que me sienta partidario de admitir cualquier tipo de familia, y menos aún de bendecir la equiparación de todas las posibles; pero desde la óptica en que trato de moverme hoy, sin duda que no hay que contemplar sólo al modelo de familia tradi-

4 Vid. J. Joblin (1990), «Alcance de la enseñanza de la "Gaudium et Spes" sobre la paz», en el vol. *Vaticano II: Balance y perspectivas*, Salamanca, pp. 1111-1119. Igualmente el discurso del card. Etchegaray «La justicia y la paz, compromiso permanente» a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio «Iustitia et pax» en enero de 1991 (*La Doc. Cath.* de 16 de febrero de 1991, p. 28).

5 Vid., a manera de ejemplo, R. Winling (1983), *La théologie contemporaine*, Paris, donde pasa revista a los principales movimientos teológicos desde 1945 a nuestros días. O también R. H. Baiton (1963), *Actitudes cristianas ante la guerra y la paz*, Madrid, o G. R. Musto (1986), *The Catholica Peace Tradition*, New York.

6 Vid. I. Cardinale (1976), *The Holy See and international Order*, London.

7 Así se expresan también los episcopados francés, alemán y norteamericano. Vid., por ejemplo, los documentos aprobados en Francia por la Comisión Iustitia et pax (católica) y la Comisión Social y Económica Internacional (protestante) a partir sobre todo de 1982 (*Quelle defense pou la paix?*; *La lutte por la paix*; *Construire la paix*), etc., que pueden encontrarse en *La Documentation Catholique* (el último de ellos en el n. 1890, correspondiente al 17 de febrero de 1983). Los principales documentos alemanes y de USA, aparecidos por aquella época, pueden verse comparativamente estudiados por R. Coste en la *Nouvelle Revue Theologique*, n. 105, agosto-octubre de 1983, pp. 498-514.

cional, ni siquiera al moderno nuclear o monoparental; cualquiera que sea la variada composición de la familia, incluida la que algunos sociólogos llegan a denominar la «familia prêt-à-porter» tiene dentro de su papel social la inmensa obligación de intentar educar para la paz.

Familia y jerarquía de valores

Sin salir del espacio en el que intentamos movernos: Occidente, cabe preguntarse por la existencia de un perfil de valores compartido por el conjunto de familias y naciones que la forman. Es decir si existe un conjunto de ideas abstractas socialmente compartida sobre lo que es bueno, correcto y deseable en una sociedad (valores culturales) por encima de lo que cada individuo en concreto pueda tener como guía de su vida (valores individuales).

Concretándonos a los primeros, los autores miran el énfasis que cada pueblo concede a determinados valores, los que más practican los individuos. Y de esta forma han intentado un análisis de los siguientes: «Conservación» (orden social, obediencia, respeto a la tradición, seguridad familiar, autodisciplina); «Jerarquía» (poder social, autoridad, humildad, riqueza); «Autonomía» (mente abierta, creatividad, vida variada); «Competencia» (ambición, éxito, riesgo); «Armonía» (unidad con la naturaleza, protección del medio ambiente, mundo de belleza); «Compromiso igualitario» (igualdad, justicia social, ayuda y corresponsabilidad)⁸.

De dicho estudio parece deducirse que puede seguir afirmándose la existencia de una menos aparente cultura europea de valores, aunque existan algunas diferencias entre amplias regiones continentales. Se da alta prioridad al compromiso igualitario, a la autonomía intelectual y afectiva, mientras que reciben una baja consideración la conservación y la jerarquía. ¿Por qué esta diferenciación entre valores? Pueden darse diversas explicaciones, y desde luego el hecho de haber sufrido nuestro continente algunos procesos fundamentales como, por ejemplo, la revolución postindustrial tras la emergencia de las democracias sociales, la secularización y la idea de pertenecer a una identidad supranacional.

La confrontación entre liberalismo y socialismo ha llevado a reformas democráticas y al estado de bienestar, donde prima el compromiso igualitario y una devaluación de la jerarquía y la conservación. El paso de la sociedad industrial a la postindustrial ha condu-

⁸ Vid. M. Ros y S. H. Schwartz (1995), «Jerarquía de valores en los países de la Europa Occidental: una comparación transcultural», en RIS n. 69, pp. 69-85.

cido también a un progreso enorme de las ciencias y la tecnología con la consecuencia de que para seguir en esa línea se necesita igualmente avanzar en la educación y el conocimiento, lo que a su vez aporta un nuevo *status* y favorece el espíritu innovador y los cambios sociales (del individualismo posesivo de bienes se pasa al individualismo centrado en la inteligencia y la creatividad). Por otro lado, la secularización marca una sustitución de lo sagrado por un humanismo que acepta la búsqueda de placer y su repercusión en la autonomía afectiva.

¿Hacia dónde caminaremos en el futuro inmediato? La diversidad creciente entre pueblos y dentro de cada país entre regiones, puede dar lugar a tensiones (Norte-Sur, étnicas, religiosas, etc.), con cierto riesgo para la estabilidad y la propia cultura; por ello se corre el riesgo del cambio de valores, y habrá que hacer frente a determinados desafíos (proliferación de conflictos sociales, violencias, hedonismo, exasperación de la libertad, etc.).

La familia como comunidad de equilibrio humano y social

Todos los sociólogos, psicólogos y pedagogos vienen a coincidir en señalar a la familia como un lugar donde se encuentra el germen para el ponderado desarrollo y equilibrio de la persona. Y no sin graves zozobras continúa siendo así, ya que tanto desde el individualismo como desde el socialismo clásico se ha pretendido que no fuera de esa forma y eliminar a la familia de la construcción del individuo y de la sociedad. Seguimos defendiendo que la familia constituye un entorno para vivir el equilibrio humano que sólo excepcionalmente podrá ser sustituido por otras instancias, llámense orfanatos, casas de acogida, escuelas, etc. El medio familiar sigue constituyendo hoy el lugar más adecuado entre los posibles para llevar a cabo la formación continuada de cualquier sujeto hasta que se convierte en persona adulta y con plena madurez.

En la *Familiaris consortio*, 40 y 43, se trata de poner en evidencia el papel educador de la familia, y en tal sentido dice textualmente que es motor para la humanización de la sociedad: «El instrumento más eficaz de humanización y personalización de la sociedad: colabora de forma original y profunda a la construcción del mundo, haciendo posible una vida propiamente humana, en particular transmitiendo virtudes y valores». Por eso en esta sociedad despersonalizada e inhumana en tantas ocasiones, la familia posee aún energías suficientes que han de aprovecharse para humanizar a todos los seres y el mundo en que viven.

Pero ¿qué familia? Ya hemos indicado la posibilidad de múltiples modelos. Evidentemente, en el contexto en que hoy queremos movernos tenemos que referirnos a un entorno familiar donde impe-

re la estabilidad, la fidelidad, la dignidad y el amor⁹. Sólo cuando la propia familia está equilibrada puede transmitir equilibrio; sólo cuando se base en la genuina colaboración y respeto entre sus miembros, en el amor y la laboriosidad, podrá transmitir esos valores. Se diferenciará así de esos otros modelos impersonales que se acercan como símil más a las sociedades anónimas o agrupaciones propias de una sociedad industrial y productiva. Precisamente la familia busca ser un antídoto frente a esa máquina de formar personas masificadas y desequilibradas que conviven en sociedades alienantes.

Por esta familia así considerada es por la que hay que luchar, por la que habremos de intentar prevenir y desterrar las causas que puedan provocar su deterioro. ¿Cuáles son éstas? Entre muchas que podríamos traer ahora a colación, permítasenos indicar a manera de ejemplo: el respeto de la autonomía familiar en materia educativa contra las imposiciones que atentan a dicha libertad; la adecuada formación de los padres, que impidan, por un lado, el embotamiento de la sensibilidad y pueda provocar el autoritarismo y menosprecio frente a los hijos; el personalismo y la libertad exagerada que acaben por disociar al grupo familiar y provoquen enfrentamientos y discordias; la ausencia del sentido familiar en la legislación y la política, que provocan la inestabilidad, la inmoralidad, la falta de una mínima infraestructura económica y laboral, etc. Ya Pío XI, en su Encíclica *Divinii illius magistri*, 58 y 70, señala cómo la familia ha de procurar corregir las inclinaciones desordenadas de los niños, promocionar sus buenas acciones, procurando iluminar su inteligencia y fortalecer su voluntad; es ella (en la familia) donde se da el primer ambiente y por ende las influencias que el niño recibe resultan más eficaces y duraderas.

Mantenemos, pues, que la familia, a pesar de todo, sigue siendo núcleo fundamental para la construcción social, y así lo atestiguan, por ejemplo, los costes a los que conduce la disolución familiar (drogas, prostitución, marginación, violencia). El Papa acaba en fechas recientes de exponer un buen ejemplo de todo ello en la contemplación de los denominados «niños de la calle» brasileños. Y la experiencia nos viene demostrando la eficacia terapéutica de la familia en casos de desamparo total de las instituciones, o en el hecho de que para conseguir mejores resultados de adaptación social de abandonados y huérfanos se acuda a instrumentos que imitan el modelo familiar («casas de familia», «prohijamiento familiar», etc.).

9 Son posibles, como sabemos, múltiples modelos en el mundo. Pero a la hora de referirnos a ella no podemos tener presente a la que Cesareo Gil en una carta escrita con motivo del III Congreso Internacional para la Familia celebrado en Caracas en sept.-octubre de 1985 (vid. la revista *Tripode*, n. 85, nov.-dic. de 1985, p. 55) considera incompleta, o rota, o prostituida; según este autor, lo que es verdad, aún podemos encontrar multitud de familias en situaciones normales.

El «antivalor» de la democracia

Mucho podríamos hablar de la violencia como termómetro del fracaso del sistema social que durante mucho tiempo ha tratado de imponerse en nuestras modernas sociedades. ¿Qué hemos conseguido? Nuestros jóvenes detestan el orden establecido, aborrecen de la política, abominan de la cultura de tener por el tener, su credo es el escepticismo, el pasotismo, la frustración, la violencia. Son el fruto bastardo de una cultura que favorece el hedonismo, la marginación, etc.

La década de los 80 nos plasmó unas generaciones cuyas señas de identidad eran las «chupas», las «litronas», la «droga»; en suma, la inadaptación y la rebeldía. ¿Por qué se preguntaban? Los valores tradicionales fueron atacados en demasía, el progreso ha aumentado las diferencias sociales, el desencanto ante una sociedad que no gusta y para la que no tiene recambio de momento, el fracaso para identificarse con una sociedad que los rechaza; el afán para, a pesar de todo, conseguir el triunfo como sinónimo de intentar imponer a los demás sus propias ideas («al que no piense como yo, hay que machacarlo»: lema de cabezas rapadas y fundamentalistas religiosos).

En esta sociedad los mensajes combativos calaron hondo: vuelve a hablarse de revoluciones, se mitifica la camaradería, se adora a los mártires de esas ideas. Incluso un pensador como Erich Fromm, en su libro *Tener y ser*, puso de manifiesto el excesivo énfasis que la sociedad moderna concede al tener, a acumular, al consumir, sin apenas detenerse en el «ser». Una encuesta del Instituto de la Juventud reciente nos dice que las preferencias de los jóvenes son: ropa y calzado de marca, bares, restaurantes, discotecas, cines, tabaco, alcohol y deporte ¹⁰.

La nueva familia, que sigue siendo el valor más importante de la sociedad, como se declaró en el Año Internacional —que la ONU le dedicó en 1994 y que tiene su Carta desde 1983—, debe inspirarse en una «jerarquía tolerante» frente al autoritarismo. Y debe tener presente que dentro de ella, salvada la dignidad de cada uno de sus miembros y admitido el diverso papel también de cada uno, no debe perder de vista que la labor fundamental es la de educar y formar a los futuros ciudadanos, con ayuda de otras instituciones, pero no olvidando nunca que el niño tiene derecho a ser educado siempre que se pueda dentro del ámbito de la propia familia.

Esta familia se encuentra en el momento presente asistiendo a un tiempo, como ya hemos indicado, de profunda desorientación, de una inestabilidad fruto principalmente de los cambios sociales, de la

¹⁰ Puede verse la Encuesta del Instituto de la Juventud, elaborada recientemente por Manuel Navarro y María José Mateo.

escasa clarificación de los valores que deben ser considerados básicos y del comportamiento poco o nada responsable de muchos adultos que pone en evidencia la carencia de roles educativos correctos y de criterios prudentes sobre los valores que deben transmitir.

Es decir, nos encontramos ante una grave cuestión como es el llamado «relativismo de los valores». Nuestras sociedades piensan que de igual forma que sobre gustos no hay nada escrito, tampoco lo hay sobre valores. Aparentemente incluso hay quienes aportan argumentos a esta tesis; pero tiene el inconveniente de que si se admite un relativismo axiológico en gustos y preferencias, no debe ocurrir otro tanto sobre las ideas y necesidades racionales que, si se plantean correctamente, tienden a ser fundamentales y comunes a todas las personas. No sin razón, O. Reboul, en 1986, escribía que «la humanidad constituye un valor que trasciende a todos los relativismos».

Llegado este momento, podríamos preguntarnos con Victoria Camps ¹¹: ¿Vale la pena enseñar e inculcar valores morales a unos niños y niñas que deberán moverse y, a ser posible, destacar en una sociedad que no respeta ni cuenta con tales valores? ¿No es todo una pérdida de tiempo poco justificable? ¿No sería más prudente reducir la educación a la mera instrucción o formación sobre unos conocimientos teóricos?

Ante tales interrogantes la familia debe tomar posición clara en favor no sólo de enseñar y permitir que se enseñen matemáticas, física, historia, lengua, etc., sino que ha de procurar también educar las conductas, los aspectos de nuestro mundo que queremos conservar, ciertos valores, porque preferimos una futura sociedad que los respete a otra que pase de ellos.

Partiendo de la idea de que el valor es una realidad que está en las cosas y en las acciones objetivadas, sigue siendo la familia uno de los ejes principales, si no el primero, en la tarea fundamental de la transición de los mismos. Es verdad que la familia tradicional lo tenía mucho más fácil en cuanto que al desenvolverse en un cierto ámbito uniforme, los niños y adolescentes miraban, veían e imitaban los mismos mensajes y formas de actuación. La acción de la familia se veía, pues, reforzada por el ambiente y el resto de las instituciones sociales y religiosas. Al llegar la industrialización, los sociólogos ponen en evidencia cómo ésta, junto al secularismo, son causa de un relajamiento de aquellas fuerzas aglutinantes y, por ende del hecho de que la misma institución familiar perdiera buena parte de su fuerza en pro de otros factores de impronta social.

Se produce, pues, una pérdida de valores, frente a la que no faltan cada día mayor número de voces exigiendo «recuperar el curso moral». Pero el tema no es sencillo, si se parte de la base del

11 Camps, V. (1993), *Los valores de la educación*, Madrid, especialmente en pp. 16 y 21.

terreno polémico sobre qué valores se deben conservar y cuáles promover. Urge, pues, como primera medida, presentar a las familias y consensuar con ellas cuáles sean los valores básicos que deben tener un protagonismo en la vida individual y social, para luego integrarlos debidamente en el proceso educativo que posibilite a toda persona orientar acertadamente su vida.

Esta recuperación de valores fundamentales conlleva el luchar por una cultura de la paz y una educación para la paz. Que ésta deje de ser la «bella matribus detestata», y que frente a la filosofía de la bomba (W. Laqueur), puesta en práctica a través de la violencia en cualquiera de sus formas, pongamos la paz como propuesta en una concepción humanista y personalista parecida a la que, en su momento, defendieron Maritain, Mounier o Giorgio La Pira¹².

Aun a pesar de lo que estos y otros escritores y pensadores han predicado, nuestra sociedad parece encuadrarse más en un clima de violencia que de paz. Falta mucho, pues, por hacer y los padres cristianos tenemos un serio cometido que cumplir en este terreno. Y no podemos escudarnos en que se trata de algo puramente sociopolítico; es más un problema pedagógico que debe poner en marcha una educación sobre cimientos ya bastante claros: justicia, verdad, libertad y amor. Desde la *Pacem in terris*, estos pilares sobre los que debe construirse la paz se repiten en el magisterio pontificio: ejemplos podemos encontrar en el Mensaje para el año 1986, «La paz es un valor sin fronteras», o el del año 1989, «Para construir la paz hay que respetar a las minorías», o el del año 1990, «Paz con Dios, paz con la creación», o en el año 1991, «Si queréis la paz respetad la conciencia de cada uno». Puntos concretos que tienen un antecedente en el mismo Vaticano II, sobre todo en la Constitución *Gaudium et Spes*, el Decreto *Ad gentes*, el Decreto *Unitatis redintegratio*, la Declaración *Nostra aetate*, etc.

En todos estos documentos se nos habla de la paz; pero no de una paz simple paz negativa, como ausencia de violencias, sino de una paz positiva como fruto de un orden puesto en la sociedad humana en pro de la justicia y para conseguir el bien común. Una paz que es también fruto el amor, la comprensión y el perdón. Ahora bien, el fundamento filosófico puramente dicho va a buscarse en la corrección de la paz como «Derecho humano fundamental», un bien supremo en el que debemos participar todos para conseguirlo¹³. Incluso más que de un derecho podríamos decir que la paz constituye un

12 Mounier (1978), *I cristiani e la pace*, Bari; M. Maritain (1973), *L'educazione al bivio*, Brescia. Y de forma más general la obra *Il contributo culturale dei cattolici al problema della pace nel secolo xx* (Milano, 1986).

13 Vid. E. Lawson (1989), *Encyclopedia of Human Rights*, New York, y J. Shestack, *La Paix sans droits de l'homme n'est que néant*, en el volumen editado por la UNESCO (1980) bajo el título «La guerre ou la paix», Paris, pp. 127-133.

«deber», y el actual Pontífice lo viene dejando claro en numerosas ocasiones: en su visita pastoral a México en enero de 1979 exponía ante el Cuerpo Diplomático acreditado en aquel país que la «sociedad debe garantizar, en primer lugar, un auténtico derecho a una existencia digna, que no puede ser separado de otra exigencia no menos fundamental, cual es el derecho a la paz y la seguridad». Cosa que repetirá un año después en Kinshasa y en Accra al proclamar el derecho de todo ser humano a vivir en un mundo «de justicia, de paz, de fraternidad y solidaridad».

La paz, pues, constituye un valor que ha venido a insertarse en la tabla de Derechos Humanos tras la Resolución de 27 de febrero de 1976 de la ONU; o bien, como otros entienden, no tanto como un derecho autónomo sino mejor como una situación necesaria e indispensable para que puedan ejercitarse el gran complejo de derechos comúnmente considerados como fundamentales. Y en este último sentido puede interpretarse la Resolución de 27 de agosto de 1985 cuando habla de la violación de los derechos humanos y de la paz internacional. Paz como valor que se reitera en la Conferencia Mundial de Derechos Humanos celebrada en Viena en 1993, donde además se reconoce de forma explícita la importancia que la educación tiene en su promoción ¹⁴.

En suma, la paz deberá comprenderse entre una tabla de valores sobre los que habrá de constituirse la personalidad, que marquen unos criterios de vida y de actuación profesional. Estos valores fundamentales serían una especie de ideas innegociables que son susceptibles de diversas traducciones a la hora de mostrarlos o, mejor, de enseñarlos: tales, por ejemplo, el altruismo, el civismo, la fidelidad, la honestidad, la honradez, la justicia, la responsabilidad, la solidaridad, la igualdad y la paz. Ideas o valores que se deben de basar en un consenso, en la mutua concordia y respeto a los demás, en el diálogo sereno y en un sano ejercicio de la autoridad que supone el respeto de la autonomía personal y la promoción del diálogo en verdadera libertad.

Veamos alguna de estas ideas o valores motrices para concluir y educar para la paz:

- la libertad y la democracia como base de un comportamiento de respeto a las ideas de los demás, la asunción de pluralismo, del diálogo y la capacidad de entendimiento;
- la fidelidad, que se manifiesta en el hecho de saber mantener la palabra dada y el compromiso adquirido, conllevando una actitud de sinceridad y traduciéndose en la lealtad;

¹⁴ Vid., igualmente, la «Conferencia sobre la Paz y la Tolerancia», celebrada en Estambul en febrero de 1994, en *Il Diritto Ecclesiastico* (1995) pp. 842-844.

- la honestidad, que supone el respetar ante todo el deber asumido personalmente, y que, en otras palabras, podría también denominarse honradez;
- la justicia, como valor que lleva a cumplir o que mandan las normas promulgadas racional y equitativamente, según la concepción aquiniana, implicando a su vez un control del egoísmo;
- la responsabilidad, que conduce a respetar los compromisos sin necesidad de coacciones, y que nos lleva a buscar el trato a los demás como quisiéramos nos fuera dado a nosotros.

Teniendo en cuenta todo ello, y dado que la sociedad actual no transmite una escala de valores, sino más bien emite una dialéctica ambigua (por ejemplo, cuando se potencia el hedonismo y la libertad individual, sin contraponer ideas como sacrificio o respeto a los demás; o se manifiesta, aunque sea de forma implícita, un laxismo en materia de valores sin entender a quienes sostienen la necesidad de unas pautas mínimas innegociables), se hace necesario el procurar una formulación lo más clara posible de valores permanentes.

En este sentido es la familia, como núcleo primero donde se va a formar la personalidad del niño y su socialización, la que debe tener una influencia privilegiada a la hora de educar con coherencia y responsabilidad. A ella le compete especialmente el cultivo de a personalidad, la formación moral y religiosa, la adaptación social. Multitud de estudios han puesto en evidencia la estrecha vinculación de la vida familiar con la formación integral de la persona: las actitudes radicales y primarias de todo individuo ante la vida, las predisposiciones estables tendentes a facilitar respuestas consistentes ante la sociedad tienen su aprendizaje inicial y fundamental en la esfera familiar. Y ahora nos asalta la interrogante de ¿cómo puede llevar a efecto tal tarea?

La familia, educadora de la paz

Juan Pablo II, en su mensaje de 1 de enero de 1994, reiterando una vez más que el mundo anhela la paz y tiene urgente necesidad de la misma, y reconociendo igualmente que a veces parece una meta verdaderamente inalcanzable, como lo prueban las constantes violencias de uno u otro tipo que se dan en el mundo, defiende que en tal clima, envenenado por la indiferencia y la hostilidad, uno de los caminos para tratar de encontrar la paz es no sólo a través de cada individuo sino también mediante esa «singular comunión de personas que se establece entre un hombre y una mujer, unidos hasta tal punto en el amor, que forman la familia». Su papel eficaci-

simo es algo imprescindible para contribuir al futuro de paz que todos deseamos ¹⁵.

Constata también que la propia familia, sin embargo, es en muchas ocasiones lugar de tensiones y prepotencias, o bien víctima indefensa de numerosas formas de violencia. Las violencias no sólo constituyen fuerzas disgregadoras que debilitan y destruyen las estructuras familiares, sino que igualmente ejercen un influjo nefasto en el ánimo de las personas, llegando a proponer y casi a imponer modelos de comportamiento diametralmente opuestos a la paz.

Pero dicho todo esto, adentrarse en el ámbito educativo familiar es una tarea enormemente amplia y compleja. En primer lugar, por el mismo hecho de constituir la familia una realidad polimorfa y su organización, funciones y reglas de actuación. Igualmente porque sus influjos, de gran riqueza y diversidad, se van a ver complementados por el ambiente exterior y los impactos de medios de comunicación. Si quisiéramos concretar algo más este punto y profundizar en él, tendríamos que reseñar los dos grandes grupos de influencias que se dan en el ámbito familiar: las influencias hereditarias (muy discutidas en cuanto a su papel directo sobre las personas, como lo han mostrado autores tales como Rodríguez Delgado o Pinillos) y las influencias puramente ambientales (referidas a la situación geográfica, social, económica, etc.).

Sabemos también que la familia educa a los hijos no sólo directamente con sus intervenciones intencionadas, sino también indirectamente por el ambiente en que les hace crecer. El ambiente, en efecto, incide de forma importante en el desarrollo de la personalidad y en la formación de actitudes y valores, con resultados diferentes según los estilos de ambiente familiar. a este respecto podemos encontrarnos con muchas modalidades, unas positivas y otras negativas pedagógicamente hablando: no pueden educarse los hijos igual en ambiente de familias unidas o desunidas, de familias equilibradas o desequilibradas, de familias con buena voluntad o sin ella, de familias ordenadas o desordenadas, de familias satisfactorias o frustrantes, de familias cultas o incultas, de familias dialogantes o autoritarias, de familias con mentalidad abierta o cerrada.

Por todo ello puede comprenderse fácilmente que educar ni es fácil ni es cuestión de un día. La familia ha de ser consciente de ello, al tiempo que su coraje, coherencia y ejemplo serán los instrumentos principales que servirán de modelo a los hijos para el éxito educativo. También han de conocer que los hijos, a medida que van creciendo en edad y madurez, han de ir igualmente independizándose, haciendo uso de su propia libertad y matizando las pautas e influencias recibidas. Como afirma Osterrieth, el padre, la madre, la pare-

15 Vid., en el mismo sentido, E. Roveda (1983), *Per educare a la pace*, Milano.

ja, con sus características, actitudes y modos de ser, dan el tono en que se estructura la vida familiar y, en consecuencia, la personalidad de los hijos.

Pensemos ahora en una faceta de tal educación, cual es la que suele denominarse «educación social», dentro de la que habrá que englobar la educación para la paz. La correcta socialización de los niños en el ámbito familiar no es sino la introducción de los mismos en la vida y costumbres sociales. Esta educación suele diferenciarse por los expertos en dos momentos tanto cronológicos como estructurales del individuo: en uno primero, el ser humano va asimilando la cultura básica de su sociedad, construyendo su primer universo, y tiene lugar prevalentemente dentro de la familia; allí habrá en su entorno diversos tipos de personas (padres, hermanos, otros familiares, vecinos, etc.), a los que de una u otra forma va a tener de referentes y buscará de algún modo identificarse con ellos.

Por eso es importante intentar lograr una buena convivencia a este nivel, teniendo presente siempre que es importante no sólo lo que ven en los mayores, sino también la forma en que a ellos se les trata. De eso van a depender, entre otras cosas, las buenas o malas actitudes y en general la disposición de cada uno de los pequeños hacia los demás. Conviene, pues, educar para el diálogo, la comprensión, la tolerancia y la apertura, en suma, hacia los demás; hay que evitar el egocentrismo y convertirlo en adaptabilidad, el egoísmo y convertirlo en relaciones desinteresadas. Y, repetimos una vez más, tratar de evitar el autoritarismo para dar paso a una concepción y vivencia de la igualdad entre los seres humanos¹⁶.

El actual Pontífice lo ha dicho en el discurso de enero de 1994, al que ya hemos hecho referencia: la tarea educativa que obliga a los padres a formar a los hijos ha de hacerse en el respeto a la dignidad de cada persona y a los valores de la paz. Tales valores, más que «enseñados», han de ser «testimoniados» en un ambiente familiar en que se viva el amor.

Ahora bien, llegados a este momento, nos asalta otra pregunta: ¿Están los padres preparados para llevar a cabo dicha tarea correctamente? Recordando la dificultad de dicha misión, cabe decir que no siempre. En primer lugar, habrán de superar las limitaciones de su propia formación y luego aprender a educar. Asignatura ésta que desgraciadamente no figura en los planes de estudio que suelen programarse en colegios y universidades, y que, sin embargo, tienen, como estamos exponiendo, una importancia capital a todos los niveles de la sociedad. Por eso parece evidente la necesidad de poner en práctica una «educación familiar» que tenga como objetivos prin-

16 Vid., en tal sentido, N. Galli (1995), «La tolleranza, fondamento della nuova cittadinanza», en *Pedagogia e vita*, n. 5, páginas editoriales. Igualmente, Haring y Salvoldi (1995), *Tolleranza. Per un'etica di solidarietà e di pace*, Milano.

cipales, por un lado, la capacitación de los padres para estar al día en este mundo vertiginoso sin perder los valores profundos y perennes propios de una convivencia correcta. Por otro lado, mejorar las relaciones tanto a nivel intrafamiliar como de la familia hacia el exterior, que en frase de Laing se traduce en definitiva en mejorar la capacidad de comunicación, comprensión, tolerancia, expresión y diálogo.

Y todo ello intentando crear actitudes positivas que permitan a todos los miembros de la familia adquirir una personalidad madura y estable emocionalmente. Para conseguirlo suele recomendarse una metodología de carácter participativo, huyendo en lo posible de grandes conferencias o charlas que sólo tendrán sentido si van seguidas del oportuno coloquio para aclarar conceptos o profundizar en aspectos más problemáticos. También las entrevistas dan buen resultado, e incluso no se puede descartar el tratamiento terapéutico cuando sea menester.

Pautas educativas en la familia

La familia debe transmitir pautas individuales y grupales. Por las primeras, los niños van a comprender que son individuos, cada uno con su propio estilo, y que hará que los demás esperen de ellos determinados comportamientos (comprenderá la comprensión de la propia autonomía), al tiempo que el respeto por el entorno (objetos y personas); que se dé un hábito de reflexión que conduzca a analizar, valorar y someterse a normas aceptadas por todos, evitando de esa forma impulsividades y radicalismos. Las segundas, pautas grupales, miran más al individuo en su aspecto convivencial, y buscan también el equilibrio al tiempo que tratan de evitar los celos y las agresiones.

En suma, una buena socialización del niño implica una represión de la agresividad, lo que a su vez ha de traducirse en transmitir ideas y actuaciones tolerantes y de diálogo, la capacidad de respetar y comprender al otro y no sólo a uno mismo.

Los factores educativos esenciales para conseguir estas metas han de ser la autoridad, el ejemplo y el amor. Es la familia en su comportamiento lo primero a imitar por los pequeños, bien con propósito de identificación o, por el contrario, como oposición tratando de reafirmar su personalidad. El entorno afectivo que ha de acompañar el ejemplo suele ser el mejor y más decisivo factor.

También ha de entenderse como un buen factor educativo el exponer con entera sinceridad los posibles orígenes o causas que dan lugar a las violencias, así como los terribles efectos de las mismas. Y cómo ha de pasarse de una «lógica de la guerra» a una fuerte filosofía de la paz, como cualidad intrínseca al conjunto de seres

vivientes (Paul Landsberg); no es la paz, pues la mera negación de la guerra, o una idea débil como muchas veces parece deducirse de filosofías como la de N. Bobbio, sino más bien una idea positiva, difícil quizá de conseguir, pero de la que las guerras no son, simplemente, sino la negación. Por eso, dentro de la filosofía política del personalismo cristiano (contrariamente a lo predicado por el marxismo y el positivismo) la paz no puede considerarse como un mero resultado de un proceso histórico, sino como un ideal posible y un deber para todos.

Descendiendo más al campo de aplicación de cuanto acabamos de exponer, diría que debemos siempre tener presente otro dato: la comunidad humana está integrada en grupos heterogéneos, diversos los unos respecto a los otros. Esto nos conduce a contemplar la educación para la paz sobre los pilares de la interdependencia y el pluralismo. Lo que a su vez nos llevará a no buscar la transformación de las diversidades en diferencias ontológicas, puesto que si así fuera estaríamos negando la igualdad de los seres humanos. Sergio Cotta, siguiendo esta línea, se adentra en otro fin a enseñar: la paz es necesaria para poder obtener una seguridad internacional, debiendo predicarse también a tal efecto la importancia del Derecho ¹⁷.

En suma, las familias abocadas a vivir en el siglo XXI no pueden por menos de reflexionar que como señalaba el Papa en su discurso para el año 1979 «para prevenir de la violencia hay que educar para la paz»; y que la verdad es la base para intentar una justicia que sea, a su vez, fundamento de la paz. Que no podremos conseguirla sin una educación también para la tolerancia, que permita conseguir una convivencia pacífica y ordenada; lo que no tiene que significar anarquía de ideas, o sociedades sin estructuras, sino búsqueda convencida de valores compartidos con los que vivir juntos.

Tolerancia que es en las sociedades secularizadas como una «palabra clave» que no debe de entenderse simplemente en el sentido volteriano de poner énfasis en lo relativo de la verdad (que nos conduciría a un gran escepticismo), sino que como cristianos hemos de verla desde otro ángulo cual el intento de conciliar nuestra fe con el respeto a las creencias de otros que también desean ser fieles a sus ideas (tal y como acertadamente viene a exponer Claude Lévi-Strauss ¹⁸ cuando dice que no se trata de una mera actitud contemplativa e indulgente de quienes piensen de otra manera, sino de una actitud dinámica que nos lleve a tratar de comprenderles y de promover la diversidad de culturas). Y junto a la tolerancia, es imprescindible la «solidaridad» como un efecto de aquélla; la tolerancia siempre será factor de progreso, y la solidaridad su vertiente práctica positiva.

¹⁷ (1991), *Dalla guerra alla pace*, Milano.

¹⁸ Vid., por ejemplo, su ensayo (1987), *Race et histoire*, Paris.

Por eso nos parece un tanto desesperanzador el dato que el Informe de la Fundación Encuentro sobre España, correspondiente a 1996, nos da sobre las demandas que los padres hacen a los profesores a la hora de buscar la formación de sus hijos. En primer lugar aparece que obtengan buenos resultados académicos, y mucho más abajo en las preferencias se encuentran el respeto y la tolerancia, o el hacer de los alumnos personas responsables. El periodista que recoge la información acertó posiblemente en la titulación de su reportaje: «¿Tolerante?, No, ingeniero»¹⁹.

Sólo, pues, desde la convicción de la inmoralidad de los medios violentos tiene pleno sentido el hablar de educación para la paz. Las familias deben de saber que la violencia está sin duda en los conflictos bélicos, en el terrorismo, pero también en las relaciones sociales, en el cine, en la TV, en actitudes sexistas, etnocéntricas, clasistas, etc. Y hay que hacer comprender a los padres la contradicción de censurar el consumismo, pero dar a los hijos cuanto pidan, criticar la TV, pero verla sin orden ni concierto; otear un futuro incierto, pero no enseñar la importancia del esfuerzo y el sacrificio.

Habrán también que ayudar a la institución familiar en tan difícil tarea. Ciertamente los padres con buena voluntad no dejan de preguntarse ¿cómo podemos educar en una época en que se reciben tantos y tan dispares mensajes?, ¿cómo administrar los premios y castigos?, ¿cómo reaccionar entre la violencia, la mentira, los caprichos, etc.? A todos nos interpelan estas preguntas y demandan de nosotros unas palabras y actuaciones coherentes que les ayuden a llevar a buen puerto su importante e insustituible misión. Es necesario potenciar el ambiente familiar sano para conseguir que sea el entorno adecuado donde se aprenda a ser persona en libertad y responsabilidad; sólo así conseguiremos, como consecuencia, mejorar la sociedad. En esa dirección caminamos, posiblemente, más despacio de lo deseado, pero sin perder la esperanza y conscientes de estar en buen camino. La bibliografía que en tal sentido de orientación y ayuda comienza a aparecer parece confirmarlo²⁰.

Finalmente señalar que la paz interpela no sólo a las personas, también lo hace a los grupos, las instituciones, las ciencias y las ideologías. Cada una de ellas puede ofrecer su legítima contribución para conseguirla: la antropología, la filosofía, la sociología, la teología, el Derecho, la política, etc., son todas llamadas a unirse en sus específicos campos para intentar un coro interdisciplinar que pre-

19 Publicado en el diario «ABC» del 13 de mayo de 1997.

20 Entre las últimas aparecidas, y a manera de ejemplo, podríamos traer a colación las obras de Genevive y Julien Mercure, *Las estaciones de la pareja* (Santander, 1996) o la del psicólogo clínico Nicomedes Naranjo (1997), *¿Cómo es su familia? ¿Contribuye Vd. y su familia a una sociedad mejor?*, Bilbao.

gone y luche por la paz. El Estado, la Iglesia, los municipios, las escuelas y otros muchos foros han de conjugar ya apoyarse mutuamente en sus actuaciones en pro de la paz. Una paz que no debe ser monopolio de nadie en particular, sino construcción de todos; y en esta visión amplia es donde la familia puede y debe poner también su pequeño grano de arena en pro de aquélla.